

La nuit est finie

El mundo no nos necesita

ÁLVARO ROBLEDO

Seix Barral, Bogotá, 2018, 196 pp.

DESPUÉS DE *Nada importa* —finalista del Premio Herralde de Novela en 1998, que en esa ocasión ganó ni más ni menos que *Los detectives salvajes* de Roberto Bolaño—, *Final de las noches felices* y *Que venga la gorda muerte*, Álvaro Robledo nos invita ahora a transitar por la ciencia ficción desde una perspectiva metafísica, en una historia que nos habla de viajes a través del espacio y el tiempo, así como del origen y el fin de la humanidad; de sociedades ocultistas, de hijos abandonados y madres reencontradas, y sobre todo de personas que no encuentran su lugar o que han conectado (o reconectado) con la existencia tras haberse despojado, precisamente, del mundo y sus ataduras. El planteamiento que dará pie a la aventura es el siguiente: el mismo día en que Mari Sibila —quien vive sola y libre, en medio de la naturaleza del departamento de Boyacá— se propone cumplir con la misión que siente que le ha sido encomendada, de proporciones apocalípticas, su hijo, al que abandonó poco después de nacer, y su nieta Bárbara, a la que no conoce, aparecen para visitarla, acompañados por un amigo que esconde otros planes vinculados a una hermandad secreta.

Robledo suele acometer, en un tono siempre reconocible, los grandes temas filosóficos y las experiencias nucleares de la vivencia humana que más le interesan: el amor y el sexo, la muerte, la felicidad y la armonía, el pensamiento, la realidad... en definitiva, el sentido o ausencia del mismo. Y lo hace desde su interés por la espiritualidad y lo sobrenatural, y también por la ciencia; desde sus lecturas de textos místicos y de las tradiciones de pensamiento orientales; desde su afición al esoterismo y a lo misterioso y su práctica habitual de la meditación trascendental. Todo puesto al servicio de ese mensaje fundamental: el mundo no nos necesita. Desde esos mimbres, el autor surfea, sin llegar a caer en ella, por encima de cierta literatura de autoayuda, elevando la mirada mediante un estilo de escritura denso y en ocasiones árido, casi

intransitable a veces por lo acerado y conceptual, desplegado en extensos fragmentos que vuelven sobre sí mismos de forma recurrente a lo largo de la novela, abandonando a menudo a los personajes y sus vicisitudes, de modo que parecería que estos (Mari Sibila, Nicolás/Kolya/Colachito, Luis/Aloysius, la pequeña Bárbara, el gato Eliphás) son solo un pretexto, una base narrativa sobre la cual poder articular reflexiones y malabarismos intelectuales en un plano abstracto, lo cual socava la consistencia novelesca de la obra.

Ya en su anterior novela teníamos elementos que se encuentran también, de forma evidente, en *El mundo no nos necesita*, y que no estaban aún tan presentes en sus primeros textos, como *Nada importa*, donde sí había igualmente un recorrido de iniciación, pero transitado desde un lugar más cálido, más emotivo, más juvenil quizás. En *Que venga la gorda muerte* (igual que en su último libro) teníamos un protagonista masculino, una relación compleja con una madre que da paso a un itinerario personal y espiritual, a través de la búsqueda de consuelos y reencuentros que derivan en descubrimientos inesperados acerca del ser y la existencia... Una tematización, en definitiva, de las “búsquedas de la salvación”, como el propio autor subrayó en diversas entrevistas.

También es posible encontrar una similitud en el humor, utilizado en *El mundo no nos necesita* como posible contrapunto a la seriedad trascendental de muchos pasajes y al tono en ocasiones casi admonitorio, aleccionador, que parecería hablar al lector desde una cierta superioridad intelectual y moral, desde una iluminación a veces petulante y a veces extasiada. Se trata de un humor pretendidamente grueso y facilón, que se recrea en chascarrillos y juegos de palabras del tipo “no traje traje”, “no nada nada”, Agustín / “a gustín”, etc. Lo que se añade en este caso es el uso intensivo de ciertos *topos* clásicos de la literatura de ciencia ficción, ya apuntados y subrayados desde la síntesis e invitación a la lectura de la contraportada (“una máquina para viajar en el tiempo y así matar a la primera abuela de la humanidad”, “una historia del fin del mundo”...). Esta incursión permitiría afirmar que Robledo sigue redoblando la apuesta

de su proyecto literario, avanzando por nuevos registros sin abandonar el sustrato que alimenta siempre su escritura, y sin duda llama a estar pendiente de cuál será el próximo artefacto mediante el que se aventurará a dar forma a sus planteamientos zen.

Queda claro, en todo caso, por qué autores como Mario Mendoza han apuntado a la imposibilidad de clasificar las últimas novelas de Álvaro Robledo dentro de la tradición de la literatura colombiana. La propuesta de este escritor, editor (El Peregrino Ediciones) y profesor de Medellín se aparta, sin duda, de las grandes corrientes de las letras contemporáneas de Colombia, más enraizadas en la realidad social y política del país y/o en un intimismo personal y familiar a pulmón abierto, desde las propuestas de Héctor Abad Faciolince hasta la obra de Piedad Bonnett, pasando por Laura Restrepo o Juan Gabriel Vásquez, por mencionar solo algunos autores y autoras ya canonizados de las últimas décadas. El único guiño a lo local, la única territorialización presente en *El mundo no nos necesita*, se encuentra en la ubicación explícita de la vida libre de Mari Sibila en Paipa. Robledo, pues, sigue abriendo senderos poco explorados por sus compatriotas pero más habituales, quizás, en la literatura japonesa, desde las distopías mordazmente críticas y surrealistas de Yasutaka Tsutsui, el llamado “gurú de la metaficción” (traducidas al español pueden encontrarse obras suyas como *Hombres salmonela en el planeta porno*, *Estoy desnudo*, *Paprika* y *Lo que vio la criada*, todas publicadas por la editorial Atalanta, o *La chica que viaja en el tiempo*, en Planeta DeAgostini), hasta la heterodoxa mezcla de géneros practicada por Takashi Hiraide (con quien, no por casualidad, Robledo se juntó y conversó públicamente en el Hay Festival Medellín en 2016). No en balde Robledo ha expresado en múltiples ocasiones su admiración por la cultura nipona, que casi sin lugar a dudas permeará también, de un modo u otro, sus siguientes propuestas.

Sergio Colina Martín